JUAN FERNÁNDEZ MARTÍN-MORA

SELECCIÓN

NOVELA

PRECIO: UNA PESETA

TRUJILLO
Imp., Lib. y Enc. de la Viuda de L. Peña
1908

599

tit: 54036
Ed 1058454
2/17599

Juan Fernández Martín-Mora

Selección

NOVELA

COMISION DE MONUMENTOS
HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS
DE LA
PROVINCIA DE CÁCERES

TRUJILLO
Imp., Lib. y Enc. de la Viuda de B. Peña
1908

Prólogo.

Yo no sé, ni mucho menos puedo explicarme, qué es lo que han dado los críticos en llamar *novela moderna*. Es tal la diversidad de opiniones que acerca del asunto se han suscitado, que dificilísimo me sería fijar acerca del tema un punto concreto.

Y esto, que dicho así, como antecede, parece incongruente y enigmático, no puede encerrar la menor duda ni la más pequeña sospecha. Los novelistas contemporáneos son tan *discutidos*, tan diametralmente opuestas las opiniones sustentadas por los críticos acerca de sus obras, que en derredor de cada uno de ellos se ha formado una *camarilla* (y permítaseme la frase) de admiradores ó detractores, que ya ensalzan su nombre hasta el *non plus ultra*, ó por el contra-

rio, los conceptúan inmorales, faltos de *sentido común* en su fondo, y hasta de gramática, el estilo, el lenguaje; en una palabra: la *forma* de la obra.

Como demostración de lo dicho, bien puede servir el juicio que al joven y culto escritor Andrés González Blanco le merecen las de Felipe Trigo, y lo que acerca de su inimitable novela *La sed de amar* dijo Leopoldo Alas, aquel crítico que se llamó *Clarín* durante su vida y que tantos artículos firmó con dicho pseudónimo en la *Correspondencia de España*.

***

Por lo tanto, yo, al publicar mi obreja SELECCIÓN, no he querido que mi humilde nombre vaya unido al de un literato, cuya sola firma y su culto y elegante prólogo, de seguro me hubiesen bastado para vender muchos ejemplares de mi libro, sin embargo de agradecerle con toda la fuerza de que soy capaz, la atención que para mí ha tenido.

Como, por otra parte, no ansío la gloria, porque lo que Dios no da no sirve que se busque, y para *mis lectores* tampoco había de resultar más sabrosa la lectura de su erudito prólogo, que estas mal pergeñadas líneas, son causas suficientes para decidirme á emborronar las primeras páginas de mi libro.

* * *

Y aquel cantar piadoso y sosegado
que del alma escapó por la garganta,
fiel expresión de sus sentires era,
porque el alma sincera
lo que siente no más es lo que canta.

José María G. y Galán.

Selección se ha forjado en la inteligencia de un montaraz, que en sus sentires también la ha dado forma.

Un tipo de mujer perfecto, según mi manera de pensar, he querido refundir en mi Marieta, que ella sola forma, por decirlo así, toda la novela. Es *ella* la niña mujer que, sin repulgos ni remilgos im-

puestos por una sociedad estúpida, se entrega á un hombre de clase muy inferior *sencillamente* porque le *ama;* que en su corazón de *oro* y en sus caprichos de adolescente mimada y traviesa no han podido hacer mella ninguna de las impurezas sociales, entre cuyas redes se quiere ó trata de aprisionar los más naturales deseos de la existencia humana.

Hubo alguno que al leer mis cuartillas, antes de dadas éstas á la imprenta, me aseguró que Marieta era una libertina, una *prostituta refinada*. No lo creo. Aún entendiendo la *moral* tal y como hoy nuestra sociedad quiere entenderla, no habrá ninguno que sostenga dislate semejante. Los que tal afirmen no la *comprenden á ella*. Más, mucho más, se parece la protagonista de SELECCIÓN á la mujer descrita por el insigne cantor de los campos de Extremadura, en los siguientes versos:

Sencilla para pensar,
prudente para sentir,
recatada para amar,
discreta para callar
y honesta para decir.

Habrá quizá también quien sostenga que el amor de Marieta es una anomalía ó una extravagancia, porque una mujer de una finísima educación haya podido amar al Ricardo de mi obra.

A los que sostengan lo anteriormente dicho bien puede preguntárseles: ¿Es que la mujer llega á amar á un hombre por su educación, por su cultura, si antes no se ha establecido entre ellos una *corriente* de simpatía y de *atracción sui géneris?*

Yo no he visto ninguna mujer enamorarse de ese modo,

> Blanca como una azucena,
> fresca como una fontana ..

de viejos caducos, aunque hayan sido muy cultos y sabios.

En cambio, Felipe Trigo, en su *racontto* fácil *Del frío al fuego*, nos suelta la siguiente frase, que si es *inmoral* para los moralistas que estilamos, es una gran verdad; tal vez una *perogrullada:*

«¡Cuántas duquesas escogerían herreros en vez de príncipes si las fuese dado escoger en pelote!»

En cuanto al Ricardo, otro de los prin-

cipales personajes de SELECCIÓN, no es un tipo vulgar, como tal vez alguno sostenga. Es uno de tantos *diamantes en bruto,* una de tantas inteligencias claras, pero atrofiadas por causa de la incultura que en nuestra patria padecemos.

Y no quiero, querido lector, detenerte más en este prólogo, que ya me parece de pesado peca. Repasa los capítulos de SELECCIÓN, y si en ellos algo encontraras que pudiera deleitarte y entretenerte, se habrán colmado todos mis deseos.

El Autor.

Á MARIETA J. Y G.

Los sueños de un loco forjaron la obreja SELECCIÓN. *Los sentires de mi alma forjaron un tipo de mujer perfecta, según mis* utopias. *Una mujer que tal vez no* exista, *pero que yo, en su perfección, quise comprender, realizando sueños utópicos que no* existirán.

Mas tú y yo sentimos todas las páginas de este libro sobre los campos extremeños. Por lo tanto, SELECCIÓN, *únicamente te pertenece á tí.*

Tal vez sea deshojado por los lectores este libro, entre el hastío y el aburrimiento. Mas tú sentirás mi vida en tu vida, mi alma en tu alma, en todos los pasajes de esta novela. En ella te verás retratada; *verás tu alma, como en un* espejo, *asomarse también por el cristal.*

Juan F. Martín-Mora.

CAPÍTULO PRIMERO

Asomado por una de las altas ventanas de la fábrica vió á Marieta llegar al jardín.

Hacía unos días que no bajaba. El mal tiempo pasado fué, sin duda, la causa de que no lo hiciese como por costumbre tenía todas las mañanas.

Se sentó en uno de los bancos del paseo central, entreteniéndose en trazar cifras con la punta de la sombrilla sobre la arena.

Era costumbre de la señorita presenciar desde aquel sitio el desfile de los obreros.

Poco más de un año llevaba Ricardo al servicio de D. Fermín.

Pocos días, en el transcurso de este tiempo, dejó de verla.

Dió gracias al sol que le permitía ver al

ángel como él la llamaba, nombre conque todos la conocían en la casa, desde la enfermedad de su madre el último invierno.

Cruzó por su mente el recuerdo de la dolencia con sus estrecheces, con sus miserias; el empeño de su traje de los domingos, su reloj de doce pesetas. Todo lo empeñable que en la casa habia, para alimentar á su *vieja*.

Mas fué muy larga la enfermedad. La parálisis de la anciana duró dos meses.

Lleno de vergüenza se acercó á su señorita. Había oído decir á todo el mundo en la ciudad que su señorita era muy buena.

Gracias á Marieta, á su madre no le faltó nada, y merced á ella pudo la ancianita ir á unos baños sulfurosos que la aliviaron por completo.

Uno de los chiquillos que en la fábrica trabajaban al lado de Ricardo, sintiendo cerca la hora de parada, se arrancó por tientos:

La tienes de venerar
como aquella Virgencita
que está puesta en el altar

Pensó Ricardo en la copla; él veneraba á la señorita lo mismo que á la Virgencita de los altares; más que venerarla, la llevaba dentro de su ser y jamás podía apartar su pensamiento del recuerdo de ella.

¿Estaría enamorado de la señorita? Él no sabía á sí mismo explicárselo, pero el día que en los jardines no llegaba á verla sentía mucha pena.

Cuando la vió por entre el follaje aquella mañana una emoción enorme le embargó.

Sí; tal vez estuviese enamorado, pero no debía pensar en Marieta.

¿Por qué en vez de la señorita había dicho Marieta?

El sacrificio por parte suya sería *heroico;* mas aunque de pena se muriese, él no quería *suya* á la señorita, ¡y la adoraba! Él no sería jamás digno de ella.

Sintió Ricardo mucha pena; pensó en las injusticias del mundo, que con sus ridiculeces, que con sus sociales conveniencias, colocaba entre los dos una valla infranqueable.

¿Por qué no sería pobre Marieta?

¡Oh! ¿Por qué Dios no habría hecho á su señorita tan pobre como á él?

¡Qué feliz entonces! Entonces podría, al menos, haberla dicho que la quería con todo su corazón, que la amaba con toda su alma.

Con eso casi se contentaría. ¡Con que lo supiera!

Absorto en la contemplación del *ángel* le cogieron las doce; el repicar de las campanas, el bullicio de los compañeros que salían, vinieron á sacarle de su marasmo.

El muchacho, bajando á trancos por las escaleras, cantó más fuerte:

Si la sangre de mis venas
la necesitaras tú,
como un limón me estrujara
para darte la salú.

Se dispuso él también á salir; temblando como hecho de azogue, cruzó por delante de Marieta; ella se había puesto de pie y le miró; él bajó los ojos al suelo, no pudiendo resistir la fuerza de aquella mirada.

Al pasar, humilde saludó; se detuvo; se acercó donde la señorita estaba.

Ella le preguntó por su madre; hacía ya algún tiempo que nada sabía de ella.

—Tengo entendido que se marcha al pueblo unos días con su hermano, con su tío de V., Pedro, á reponerse. Creí que tal vez ya se hubiera marchado.

—No, señorita, no. ¿Cómo quería que sin haberse despedido de V. lo hubiera hecho?—Ricardo continuó:—Piensa, antes de irse, venir á verla.

—No; dígala por favor, Ricardo, dígala que no se moleste. ¡Pobrecita!

—La cuesta el andar un trabajo inmenso.

—Uno de estos días ¿sabe? tengo que ir á visitar á mis pobres de la Conferencia de San Vicente; pasaré por allí, por su casa, dentro de unos días.

Él no contestó; la emoción que le embargaba no le dejó hacerlo.

—Sintió por ustedes mucha simpatía.

Miró Ricardo de un modo extraño, de una manera singular á Marieta.

Cogió la mano de ella y la besó.

—Señorita, perdón—dijo después;—por favor, señorita, estoy como loco. V. dispense.

Y se alejó asustado; corrido y avergonzado, se alejó.

Por la escalinata que daba acceso á la elegante morada de D. Fermín, Marieta se retiró á sus habitaciones.

CAPÍTULO II

La enferma seguía completamente restablecida, aunque no abandonó el lecho aquél día, más bien por precaución. Era un día, aunque de pleno Abril, verdaderamente invernal.

Salieron del cuarto de la vieja.

Se sentaron en la inmediata habitación.

Habló Marieta; explicó sencillamente todo su amor. Sus días pasados, sus horas de insomnio, sus fatigas, sus ansias de placer.

—No puedo explicártelo. Te digo que para lo que por mí pasa no se encuentra sencilla explicación. Necesitaba verte; hablarte necesitaba también.

El osó decir:—¿Me perdonais? Yo no quiero ofenderos. Mas al contemplaros tan en alto, tan lejos de mí, tan ideal, tan

bella, pensaba que guardaría mi secreto siempre envuelto en su imagen, y no me hubiese atravesado yo en su camino jamás. Desde que os he conocido, sin esperanza siempre, he soñado con vos. Mas, señorita, no debéis amarme, no podéis amarme. Pero debéis creerme; yo renunciaría á la vida por vivir en vuestro corazón.

Ella, con la cabeza inclinada, palidísima, exangüe, escuchaba á Ricardo que, clavando en ella una mirada centelleante, calló.

Se hizo el silencio.

Transcurridos breves instantes, Marieta dijo en tono entre apasionada y convencida:

—¿Dices, Ricardo, que yo no debo amarte?

Yo amo cuanto amas, y tú posees todo lo que yo busco. La piedad que de tí me viniese, más agradable me sería que la pasión amorosa de otro hombre. Mi espíritu soñador é inquieto, sólo en el tuyo encontraría su refugio; sería para mí, la vida sin tí, estúpida carga.

¿Tengo derecho á gozar, á ser feliz?

¿Por qué negarme una felicidad que únicamente á tí te pertenece?

La voz de ella, temblorosa, aumentaba intensamente la emoción de él.

Fita creyó prudente terminar el diálogo. Era necesario marchar; D. Fermín seguramente estaria esperando á la señorita.

Se despidieron los *amantes;* sus manos se cruzaron también.

—Hasta mañana—dijo Marieta.—Como siempre, á la salida de los talleres te esperaré en el jardín.

—Hasta mañana—contestó Ricardo secamente.

—Sería mejor...

Marieta no concluyó la frase.

Calle abajo se alejaron.

El contempló aquella figurita esfumada entre sombras, que en la oscuridad no se distingue ya.

La vió alejarse y lloró como un niño llora; lloró de pena tal vez; tal vez lloró de felicidad.

CAPÍTULO III

Esperó.

Le parecía que las horas eran interminables; que el reloj de la vetusta torre vecina se había detenido en un letargo eterno.

Apuró de un solo trago la copa de cerveza y se dispuso nuevamente á esperar.

Le parecía imposible todo lo que pasaba. ¿Había soñado tal vez? ¿Sería todo aquello una pesadilla, hija de su imaginación calenturienta?

Mas no, no se trataba de una pesadilla; Fita le había dicho que Marieta le esperaba á las diez, y Fita quería demasiado á Marieta para hacerla juguete de aquella broma.

Al contrario; habría tratado de persuadirla. Por mil medios se hubiese valido para convencerla de que aquellos amoríos

eran simplemente caprichos de una niña mimosa y traviesa.

Cuando la doncella se había aventurado á dar aquel paso era porque no estuvo en su mano evitar en la señorita el devaneo.

Pensó él en Marieta. Aquella niña de cabellos rubios, de ojos azules como el cielo, iba á estar en sus brazos de allí á unos momentos.

Se avergonzó. Sus manos llenas de cal, encallecidas también por el trabajo, iban á ser la cárcel de manos marfíleas. Su traje, manchado de yeso, y su camisa, de lienzo burdo, iban á rozarse con sedas y holandas.

Que sus labios besarían los labios de Marieta. La hija del banquero sería *suya*. *Suya*... al menos por algunas horas. Y volvió á creer para su *yo* que se trataba únicamente de un sueño. La hija de don Fermín su *concubina;* la más festejada de todas las señoritas del pueblo por aquellos *enclenques* que él veía danzar en ridículas volteretas por entre las cortinas descorridas del *círculo* veraniego, ¿se iba á fijar en él, en Ricardo, que desde los

años que llevaba de viudo apenas si encontró en los lupanares con quien calmar su sed de amor *á peseta la pieza?* El, que era casi el último obrero de la fábrica de su padre.

Tuvo miedo. El no estaba educado en aquella sociedad *aristocrática* en que todo, según él había oído, estaba bien hecho. El era pobre, muy pobre; pero era honrado.

Por lo demás, Marieta era bonita. ¡Ya lo creo que lo era! El recordaba haberla visto hacía dos ó tres noches en el teatro, pálida, muy pálida, pero con esa blancura nívea de la azucena próxima á deshojarse.

Era Marieta una de esas mujeres que no inspiran una pasión lujuriosa, pero sí deseos de besarla con infinito cariño muchas veces.

La miró desde la *cazuela*. Vió también á todos los señoritos saludarla con insistencia. Pero Marieta notó él que no se fijaba en nadie, ni siquiera cuando entró en el teatro, que se dirigieron á su proscenio múltiples anteojos.

Al otro día recibió el recado; cuando

se lo dijo la doncella se quedó perplejo.

Y las diez dieron en el reloj de la vetusta torre de la vecina iglesia.

Sonaron en sus oídos las campanadas vibrantes... acompasadas y monótonas.

La gente se dirigía al teatro. El esperó una ocasión propicia y se ocultó por la callejuela.

CAPÍTULO IV

La gente abandonaba el paseo, buscando el descanso.

Era ya la hora de retirarse; aun cuando el fresco de la madrugada es agradable sobre manera después de un día estival, no hay más remedio que, por perentoria necesidad, buscar á Morfeo.

La *aristocracia* de la población se dirigía hacia sus viviendas.

Por todas las calles de la ciudad afluyentes á la plaza de la Alameda se oía el charlar alegre de los gomosos; las estridentes carcajadas semi-burlonas, semi-cariñosas de las *niñas*, al escuchar al oído cualquier simpleza de sus acompañantes. A corta distancia les seguían los papás soñolientos.

Un gran casetón de hierro y lona al estilo de los que se usan en las grandes

ferias de España, propiedad del principal Casino de Ursiela para solaz y entretenimiento de los socios, quedaba desierto por completo. Los sirvientes, de raídos uniformes, recogían los últimos enseres. Cascos vacíos, en los que quedaba por apurar áurea cerveza; tazas, azucareros y demás adminículos.

Corrieron luego las cortinas. Semejó el salón veraniego, en la oscuridad, fantasma enorme.

Algún que otro vigilante nocturno reaparecía en las calles de la población, saliendo del más inmediato templo de Baco.

Cruzaban á paso lento, sin fijo rumbo, sin dirección de ninguna especie. Esperaban que Oriente, tiñéndose de púrpura y carmín, anunciasen el día que con impaciencia esperaban.

Después... el silencio... Algunos carros que, repletos de mieses, volvían de las eras. Los pescadores que camino del río bajaban.

Las ranas, los mochuelos y los grillos, con su monotonía, con sus sonidos agudos y estridentes, le profanaban.

La representación de la inmortal obra de Arrieta concluía en el teatro.

Poco público en las butacas; las localidades altas desiertas.

No adoraba el público de Ursiela la Música. Esta, la Poesía y demás bellas Artes eran para él letra completamente muerta. Si en vez de la obra de Camprodón, de la inspiradísima partitura, á la que no es inferior el libreto, se hubiese representado *El pobre Valbuena, Enseñanza libre* ó cualesquiera barroca por el estilo, hubiera tenido la empresa un lleno completo.

Sólo los abonados, que no fijaron un momento su atención en los *cómicos,* habían concurrido al coliseo á hablar estupideces, á chismorrear de lo que nada les importaba.

Transcurrió la representación en medio de la más glacial indiferencia.

Cuando el ruido de la gente que salía del teatro se sintió en una de las casas más elegantes, próximas al mismo, un hombre salió precipitadamente de ella.

A paso largo se alejó, no sin mirar dos

ó tres veces hacia los balcones, de los cuales recibió el cariñoso adiós de una mujer, que no se separó del antepecho hasta que su silueta se perdió en las sombras.

CAPÍTULO V

—Que vendrá á las diez me ha dicho. Estará él mismo al cuidado.

En cuanto el conde se marche al teatro, él estará en la puerta del jardín.

Yo le esperaré allí mismo; le he pedido la llave al cochero.

—Te lo agradezco, Fita, con toda mi alma; te aseguro que me es imposible vivir sin ese hombre.

¡Ah, cuán buena eres! No puedes figurarte el bien que me reportas, la tranquilidad que me traes. Tengo necesidad de hablarle, de tenerle cerca, decirle que le quiero con locura, que le adoro con toda mi alma.

Mas yo quiero pagarte tu servicio; quiero que de este día feliz, que es sin duda el día más grande de mi vida, tengas un recuerdo; mis arracadas, aquellas que

llevé al baile cuando fuí disfrazada de aldeana, desde este momento te pertenecen.

Marieta se dirigió á su neceser y sacó un par de *herraduras* de finísimo oro. Un magnífico par de pendientes de los que tienen costumbre de usar nuestras lugareñas.

Los ojos de la doncella se abrieron desmesuradamente; jamás pensó ella colgar de sus orejas semejante alhaja. Por lo menos valían una *onza*. ¡Una onza lo menos! ¡Vaya si serviría ella á la señorita! ¡Rodar que la mandase!

El recado para Ricardo no merecía tanto. ¡Qué diantre! El hacerlo nada le importaba. Estaba acostumbrada desde hacia mucho tiempo á cosas semejantes.

—Créame, señorita—la dijo—no me ha dejado de costar *trabajo* el catequizarlo; que le daba vergüenza; que si su padre de V. se enterara... En fin... simplezas de ese *bobo*.

Estará aquí á las diez en punto; yo celaré por si á su padre se le ocurriese dar una vuelta. ¿Cómo hay que disculparse? Que á la señorita le duele la cabeza... Mal estómago...

Lo primero es que de esto no se entere nadie: la señorita, él y yo; y por mí... por mí, ni la tierra.

—Lo sé, Fita, lo sé; por eso te confío todos mis secretos.

Comprendo que hago mal, muy mal—siguió Marieta;—mas te aseguro que en cuanto á mi padre se le ocurrió que ese hombre viniese á la fábrica, desde la primera vez que le ví sentí hacia él simpatía y atracción enormes.

Al principio, al principio sólo verle, estar á su lado. Hoy no sé; tenerle siempre junto á mí, beber su alma por sus labios y darle la mía en un suspiro que libara su boca con mi aliento.

Antes de dar este paso no sabes lo que ha sufrido tu señorita, la pobre Marieta... Infinitas horas de insomnio. A veces, cuando me quedo dormida por breves instantes, sueño locuras: me figuro que siento su respiración sobre mi cara, que sus labios besan mis labios. Entonces se arden mis sienes, mi corazón late desesperado.

La doncella, que ningún caso hacía de aquellas disertaciones *filosóficas,* y que

sólo pensaba en sus arracadas, al ver las lágrimas que brotaron torrencialmente de los ojos de su señorita, la dijo con tono semi de compasión, semi de esperanza:

—¡Oh, por Dios, señorita! No amargue la felicidad de esta noche con esos pensamientos.

CAPÍTULO VI

—¿De manera, hija mía, que decides no venir esta noche al teatro? Yo, si es que tú te sientes indispuesta, no saldré tampoco de casa.

—No, no, papá; si no es nada. Un poco de dolor de cabeza; á estos pícaros nervios que ni siquiera me dejan vivir, se reduce todo; mas en cuanto descanse y duerma, estaré completamente bien mañana; además, el teatro está muy cerca; sólo hay un paso, y si algo ocurriese, se te avisaría.

Sí, papá; márchate tranquilo completamente.

Se levantó el banquero, y después de depositar un beso paternal en la frente de su hija, se dirigió á la calle tarareando entre dientes la salida de Jorge:

Costas las de Levante,
Playa la de Lloret...

A él, á D. Fermín, al hombre más respetado de Ursiela, al banquero de más crédito en todo el distrito, le importaba un *pito* de la obra de Arrieta; se la sabía casi de memoria; si no hubiera sido por el compromiso, por la *cena* con la prima donna, no hubiese él tampoco concurrido al teatro.

Marieta no tenía seguramente nada; mas aunque en realidad hubiese estado enferma, él, D. Fermín, hubiese concurrido á la cita. ¡Cuando la cómica, como él decía, estaba en punto de *caramelo!*

¡En vísperas, sencillamente, de fumársela!

Allí quedaba con su hija la doncella, para eso la tenía, para que la cuidase; en Fita, como se la llamaba en la casa, tenía D. Fermín absoluta confianza.....

.....

Marieta, con el balcón de su cuarto entornado, esperaba ver aparecer en la callejuela la silueta del hombre único que en su vida adoró, y en cuya posesión había cifrado todas sus esperanzas; en aquel hombre pálido, morenucho, bajito de estatura, á quien siempre esperaba como un

metrónomo, á la salida de los talleres de la fábrica, detrás de los cristales.

Cuando le vió agazaparse á la esquina de la callejuela, al notar el paso de don Fermín, sintió miedo y corrió asustada; se sentó sobre la horizontal, cubriéndose con las manos la cara.

Pensó: Su pasión, su locura por Ricardo, no se descubriría jamás. ¿Pero si algún día á saberse llegara?... ¡¡Qué vergüenza!! ¿Qué dirían sus amigas? Todo el mundo vituperaría sus amores.

Sin poderlo remediar, como pensamiento que veloz cruza por la mente, pensó en su madre; su madre, que desde el cielo la veía y la escuchaba.

Quiso llamar á Fita, evitar que aquel hombre adorado penetrase en su virginal aposento; pero falta de fuerzas, fué nuevamente á caer sobre la horizontal, cuyos muelles chillaron espantados al golpe de una Venus de Milo de una perfección excesivamente perfecta.

Sintió la mano de él, que cogía la suya, fría como el mármol, cadavérica.

Creyó desvanecerse por completo al recibir impetuosamente, con locura, besos

en los ojos, en las mejillas y en la boca.

La sentó sobre sus rodillas y la estrujó contra su pecho; cayeron los bucles de ella, desgreñados, sobre la espalda; por fin le entregó sus labios en espasmo de amor.

Hasta sus oídos llegaron entonces las dulcísimas notas del terceto de Camprodón:

No sabes tú
que yo tenía
.....

Marieta las contestó con un suspiro muy hondo, que fué á perderse en la soledad de la noche.

CAPÍTULO VII

La sala rebosaba de gente; el beneficio de la primera actriz llenó completamente el teatro.

Los palcos y plateas eran ocupados por la aristocracia de Ursiela. Día de moda, según los periódicos locales; después... baile en el Casino. ¡El colmo! Surás, sedas, encajes; todo el lujo que á los ricos el dinero ofrece; pálidos colores, preciosa pedrería que hace brillar como rayos de luz; las incandescentes en confuso tropel, agrupadas sobre las andanadas de los palcos.

El teatro de Ursiela, de una arquitectura sencilla y elegante, ofrecía un golpe de vista magnífico... soberbio. Si el observador, el colorista de plumas ó pinceles, el artista, en fin, se hubiera fijado detenidamente en el conjunto, de seguro

encontraría algo monótono en plateas y palcos.

Mas en el patio de butacas, donde ni sitio había para colocar un *alfiler,* no era lo mismo; lujosas artesanas, luciendo el clásico pañolón de Manila; señoritas de la clase media, con sus trajes de modesta lana; domingueros horteras de almidonados cuellos y guantes de extracabritilla, *luciéndolos* con la *elegancia* en ellos peculiar.

Algunos señoritos, pocos, de smoking ó de frac; los que su posición les permitía pasar algunas temporadas en la Corte, y como se decía en Ursiela, *sabían llevarlos.*

Estos molestaban en las entradas á los espectadores con sus destempladas risas y sus charlas.

Esto era lo *chic* entre toda aquella sociedad; no hacer caso de la representación ni fijarse en los cómicos.

¿Molestar al público? Regla de educación.

¿No fijarse ni en los cómicos ni en las obras? ¡¡Sentimiento del arte!!

***

Se comentaba.

El proscenio de D. Fermín era la única localidad vacía en todo el teatro.

—No viene Marieta—decía una señora gorda, con facha de mujer de comerciante acomodado, que ocupaba una platea inmediata al proscenio de D. Fermín.—Marieta no vendrá esta noche, tiene un entretenimiento; Marieta, según aseguran... mas, no; yo no lo creo, no puedo creerlo, Doña Juana.

—Mas... mas quizás será cierto—decía con tono convencido la *comercianta*.

—Anoche, según dice la maledicencia, vieron salir á un hombre por la puerta del jardín de la casa.

—Y esto, querida amiga, en secreto; hasta dicen más... dicen...—hizo Doña Remedios una pausa;—dicen que á un obrero de la fábrica de Fermín le distingue Marieta demasiado.

—Su hijo Ramoncito le ha visto charlar con ella en los talleres.

—¡Oh, por Dios, Remedios! Esas son maledicencias de este pícaro mundo. Yo no puedo creerlo—dijo Doña Juana.

—Es que ese Fermín es tonto por com-

pleto; mire V. que tener á esa gran pícara de Fita encargada de la custodia de su hija, es el colmo. ¡Pobre niña; se perderá, quizás, por culpa de esa pícara de Fita!

—No diré que no; quizás sea cierto lo del obrero, pero serán cosas de Fita, trapicheos de la *otra*.

—¡Oh, si Margarita levantase la cabeza, la madre de Marieta! ¿Se acuerda usted de Margarita?

—Era una santa.

—Yo lo siento mucho, mucho, Doña Juana, porque de veras aprecio yo á esa niña; pero la historia corre por Ursiela; todo el mundo lo sabe, todos, menos el imbécil de su padre.

—Fermín, con preocuparse de la *cómica* le basta. Con motivo de su beneficio dicen que la regala un aderezo de brillantes.

—Sí, señora; nada de eso me causa extrañeza; se trata de un hombre completamente imbécil. Como le cuesta tan poco trabajo ganar el dinero, lo tira de ese modo. Hay hombres que nacen de *pie;* debió ser Fermín uno de ellos.....

... .

Marieta, sencilla como siempre, como siempre elegante, penetró en su proscenio en el momento mismo que concluia la representación del acto primero.

Los sombreritos de los gomosos, para saludarla, *volaron* un instante. De todos los sitios del coliseo se dirigieron á aquel las miradas. Saludó ella con gracioso mohín á sus vecinas.

Tiempo le faltó á Doña Juana para pasar al palco de Marieta á saludarla.

—Creí no verte por aquí esta noche, monina—la dijo;—me aseguraron hace un momento que estabas delicada.

—¡Ah! No pensaba venir—dijo Marieta; —me encuentro mal, muy mal, Doña Juana; estos *pícaros* nervios no me dejan vivir; fué la de anoche una noche infame.

—Sí, hija mía; te noto sumamente pálida; ¿por qué no avisaste al médico? Con la salud no puede jugarse.

—Esta mañana ha pasado por casa. Que estoy muy débil, me ha dicho; que tome hierro, lo de siempre; que pase una temporada muy larga en el campo. Mañana nos marchamos al Espinar, Fita me acompaña; papá no puede venir en esta

ocasión, no se lo permiten sus ocupaciones.

—Aquello es hermoso; yo me acuerdo—dijo Doña Juana—de haber pasado una temporada allí en vida de tu madre.

Doña Juana preguntó:

—¿Te acuerdas, Marieta, de tu madre?

—Muy poco, señora—Marieta contestó. —Un recuerdo tan vago... tan lejano... como cosa que se esfuma entre sueños; no, no me acuerdo de nada de mi madre.

—¡Era una santa! ¡Qué buena era tu madre!

—Eso me dicen todos; que era muy buena mi madre. Soy muy desgraciada; la digo, señora, que soy muy desgraciada. ¡Qué pena es verse tan SOLA en el mundo! ¡Qué pena es, Doña Juana, no haber conocido á mi madre!

Se había retirado al rincón del proscenio y lloraba .....

.....

Doña Juana, con *mimos* y besos trató de consolarla.

Ricardo, desde las altas localidades, la

veía llorar. Hubiera bajado y cogido á Marieta para separarla de toda la gente que hacía derramar lágrimas á su *señorita*.

¡Él sólo, sólo él la amaba en el mundo!

¡Ya lo creo que la amaba!

CAPÍTULO VIII

COMISION DE MONUMENTOS
HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS
PROVINCIA DE CÁCERES

Y en el campo deleitoso
con sólo Dios se compara,
y á solas su vida pasa
ni envidiado ni envidioso.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Una jardinera, al trote largo de dos jacas tordas, se alejaba de Ursiela por la carretera que al Espinar conduce. Bamboleaban las cortinillas del coche, á la brisa removida por el vehículo, cortando el aire con la velocidad vertiginosa de los caballos, ligeros como plumas.

El carruaje, dejando atrás calles y plazoletas, se alejó de la ciudad. Penetraban á la sazón en el paseo de la Alameda, cuyos árboles comenzaban á cubrirse de verdor. Las blancas lonas del Casino *veraniego* de Ursiela se descubrían á trozos

por entre el follaje de los álamos y acacias del paseo.

Atrás quedó también el Colegio de Huérfanos con su aire de fábrica.

Sólo se divisaban ya desde la carretera las enmohecidas torres de la parte vieja de la ciudad, allá en la cúspide más alta de Ursiela, entre murallones semi-derruidos, casas enormes y ruinosas en su mayoría, recordando pasadas glorias de aquella población. Todo el transcurso del tiempo; el paso de generaciones, representadas en la actualidad por todos aquellos monumentos, que, á su sola vista, nos hacen pensar en gloriosos días que se marcharon para no volver.

El sol brillaba con toda sus fuerzas en un cielo completamente azul. La jardinera corría al trote largo de las jacas, cruzando por prados y campiñas, á veces verdes, á intervalos blancas, con blancura láctea. Florecían las escobas, y parecía nevada la superficie del suelo que cubrían; todo el campo era aromas y flores. Diríase, con fundamento, que Natura se adornaba con todas las bellezas de su colección.

Era una primavera espléndida y magnífica, como casi todas suelen serlo en nuestra región. Verdes, muy verdes los sembrados, que al ser removidos por la brisa de la mañana ondulaban como océano en tempestad. Los trigueros, las alondras y las cogujadas desparramaban por el aire los hilos copiosos de sus trinos, revoloteando en todas direcciones, hasta posarse á veces sobre las débiles cañas de las mieses ó de los gamones, los cuales se doblegaban al peso de sus pardos y diminutos cuerpecillos.

Allá, muy lejos, se dibujaban aún, casi confundidos con las brumas del horizonte, los torreones de la vetusta Ursiela. Con la ciudad se quedaban también las preocupaciones, las ridiculeces, la chismorrería. Diriase que aquel trote de los caballos conducían á Marieta á la libertad, al amor, á la vida.

Por el lado contrario, algo al noroeste, se dibujaba confusa, entre bosques formados por árboles salvajes, una casita blanca. «La del Espinar», había dicho el cochero. Una hora más á todo trote y estarían en ella.

Y Fita, la doncella, mandó parar un momento el carruaje. Ricardo, que le pareció á D. Fermín el más á propósito para el servicio de su hija en el campo, permanecía en el pescante silencioso... como la estatua de un petrificado, junto al cochero.

—Ricardo, por Dios—le dijo la doncella;—cambiemos de lugar. Yo no puedo seguir en el interior del coche. Voy *mareada* completamente; me asfixio.

El obedeció; y callado, sin pronunciar una sola palabra, se colocó en el interior frente á Marieta. Las rodillas de él no rozaron ni un instante con las de ella.

La mareada subió al pescante al lado del cochero. Casi se acurrucó contra él por miedo á desplomarse sobre las ruedas; tal vez por el deseo de sentir extremecimientos voluptosos al contacto de su carne con la del auriga.

Había penetrado el coche en un mal camino de herradura, dejando al mismo tiempo la carretera. La doncella, so pretexto de que á la señorita la molestaba el sol, bajó la cortinilla del pescante. La incomunicación con el interior se hizo

absoluta desde entonces. Y era horrible el trepidar del coche por aquel camino, lleno de puntiagudas piedras; chillaban los muelles, y los cuerpos rebotaban en los asientos, sacudidos por la marcha del vehículo, desigual y vertiginosa.

Marieta y Ricardo siguieron silenciosos, mudos, durante todo el tiempo que el carruaje siguió á todo trote. Era necesario guardar las formas, por lo menos; el auriga era criado nuevo en la casa, y no de la confianza de Fita, como se lo tenía ella bien advertido á Marieta. No así el otro, el guarda del Espinar, pariente muy cercano de la doncella, y á la cual debía el puesto, dada la influencia que ella tuvo sobre el banquero en otro tiempo.

Además, el guarda todo lo sabía. Le había escrito ella enterándole; poniéndole al corriente.

Los caballejos dejaron el trote, comprendiendo que se acercaban á la casa del Espinar.

Separó Marieta la cortina del coche, divisando entre las frondas de los pinos, entre la exhuberante vegetación casi tro-

pical de aquel desierto, una casita blanca dorada por los rayos del sol.

El guarda, apercibido de la proximidad del vehículo que esperaba, abrió la portezuela.

Ricardo descendió. Detrás, Marieta, apoyándose en la mano burda y callosa, pero que el guarda riendo la brindó cortés, entre ruido de foyas, blondas y encajes.

La mujer del guarda, fea guardesa y de celestinescos ademanes, condujo á Marieta á sus habitaciones, preparadas ya.

A su nido de amor.

CAPÍTULO IX

Marieta, concluída la cena, se recostó sobre el sofá existente en una de las habitaciones de la casa del Espinar llamada *comedor*. Un sofá de primeros de siglo, y mueble tal vez elegante en aquellos pasados tiempos; pero hoy un armatoste anticuado, y conducido sin duda allí en vida de la madre de Marieta.

Todos los muebles del comedor pertenecían á la misma época. Mesas, aparadores y vajilla, cuadros y adornos, cortinas y portieres. Hasta un piano de media cola, completaba la decoración de la sala...

—No, si no puede ser, Fita—dijo Marieta.—No sé como quieres que toque; debe sonar como una carraca.

—¡Oh! Sí, señorita; por favor se lo ruego. Toque eso que tanto á mí me gusta.

La sinfonia... caray, lo tengo á la punta de la lengua.

—De *Campanone*—replicó Marieta.

—Eso, eso; de *Campanone*—dijo Fita, al mismo tiempo que alzaba la tapa del piano.

—Me sería imposible, mujer. ¿Cómo quieres que sepa toda la sinfonía de memoria? Mas si tanto es tu capricho, corre ahora mismo á Ursiela; en el musiquero de la sala amarilla está la partitura de *Campanone*. ¡Tráemela!

Y rió como loca y todos rieron. La misma doncella decía también, riendo á carcajadas:

—¡Qué buen humor tiene siempre la señorita! Dios se le conserve.

Marieta comenzó á rascar las teclas del piano, preludiando el vals de *Dinorah*. ¡Un horror! Eran las notas tan discordantes, tan desafinados los sonidos, que aquello parecía música sartenera.

Cerró con rabia. Al golpazo de la tapa todo el teclado del pianucho trepidó.

Volvió al sofá, al lado de Ricardo. Por entre el balcón entreabierto penetraban

los rayos de la luna, que envolvían á los dos en haz de plata.

Callaron largo tiempo. Ella, al fin, interrumpió el silencio con monosílabos indiferentes; con palabras entrecortadas se dirigió á él:

—¿En qué piensas?

—En nada, señorita—contestó Ricardo.

—Mejor dicho, pensaba en V.

Se hizo nuevamente el silencio; se sentían completamente felices allí.

Era la de él una felicidad incomprensible, no sentida hasta entonces jamás. Era la de ella el bienestar que produce la realización de un sueño; de un sueño de días... de meses; tal vez de años. Insomnios por el hombre amado, agitaciones febriles por Ricardo. Todo el tiempo largo del tormento que producen deseos incumplidos en días largos y en meses, más que largos... eternos.

Hoy era Marieta feliz, como son siempre las realizaciones de los sueños al realizarse.

Ella, con aire semi de niña, semi de coqueta, se sentó sobre las piernas de su amante y le miraba arrobada en éxtasis

de amor. Sus dedos diminutos jugaban al mismo tiempo, acariciando la barba de él. Él había cogido entre sus manos la cabeza de ella llenándola de besos en la frente, en los ojos, en las mejillas y en los labios.

Eran sus dos cuerpos entregados ya, sin miramientos, en el más grande de los amores. Sus cuerpos y sus almas entregadas también en el más grande momento del supremo amor.

CAPÍTULO X

Un nublado ligero, vaporoso; un nublado blanquecino en el horizonte apareció.

—Es segura la tormenta esta tarde—dijo el guarda del Espinar.

—Hace un calor sofocante—arguyó Marieta.

—¡Ah! No, señorita; es que la señal nunca falla. Como ese *nublao* aparezca encima de la sierra, no lo dude V., es segura la tronada, señorita.

Corría un aire calentón y fastidioso. El sol enviaba á la tierra rayos de luz amasados con rayos de fuego. El cielo azul, de un azul cobalto, no le enmarañaba la nubecilla más ligera. Sólo el nublado aquel que el guarda señaló se esfumaba vaporoso encima de los picachos más elevados de la cordillera.

—Oyes, Ricardo? Vendrá la tormenta.

Bromeó con su amante:

—¿Tienes miedo? ¿Miedo de qué? Está probado el pararrayos. Yo misma he visto la aguja del galvanómetro moverse en el círculo.—Rió nuevamente.—Aquí estamos completamente seguros. Mejor que la barra de Franklin es esa.

Señaló con el dedo á la montaña, al picacho enorme que, como berruga de la tierra, se alzaba muy cerca de la casa del Espinar.

—Gracias á él—dijo—podremos hoy sentir el espectáculo de lo sublime con su grandeza incomparable, sin el terror que siempre lo sublime en nosotros despierta. Pero sin cuidado de morir envueltos en la luz... volatilizados.

—Carbonizados—dijo Ricardo.

Sintió sobre ella Marieta la vulgaridad; pero como le quería, como le adoraba, perdonó la vulgaridad. El amor que por él sentía desde luego pudo perdonarle.

La tomó con el otro, con el guarda.

—¿Y está V. seguro, Joaquín, de que ese *nublao nunca miente?*

—Cierto, sí, señorita. En treinta años

que estoy en el Espinar no le he visto mentir una vez *ensiquiera*.

—Pero tal vez nos engañará hoy.

El guarda, con aire de confianza absoluta, meneó la cabeza.

No se había equivocado. Crecieron las nubes; inmensos *torreones* atmosféricos fueron á confundirse con las montañas que limitaban el paisaje por Occidente.

Los nublados blanquecinos se volvieron de color de plomo. Silbó el aire con furia, con rabia; parecía que en su paso veloz le estorbaban todos los árboles de la campiña, los cuales parecían quejarse al recibir el choque brutal, terrible, de los desencadenados elementos.

Empezó á chispear gotas de agua gordas y calientes. El aire silbó con mayor fuerza aún. Las ramas de las encinas se desgarraron. Los pinos inclinaron sus copas casi hasta tocar el suelo. Parecía el pinar patrulla de beodos.

Una chispa eléctrica, en terrible zigzag, cruzó por el cielo, negro como la noche. Los relámpagos le iluminaban á intervalos con luces fatídicas.

La doncella rezaba. Ricardo, pálido,

muy pálido, se acurrucaba en el comedor. La guardesa echaba romero bendito sobre las brasas de la chimenea.

Pero, á pesar de los rezos y del romero, eran cada vez los relámpagos más frecuentes. Cruzaban las chispas eléctricas por el firmamento como culebras de oro.

Marieta, casi en el parterre, y sin fijarse en que se mojaba, contemplaba el espectáculo que ella decía sublime.

El guarda dijo al oído de su mujer:

—¡Está loca! Lo mismo que su madre. ¡Loca!

Fué un relámpago deslumbrante, como la misma luz. Un trueno simultáneo y horrísono que parecía todo haberlo destrozado.

Fita rezó más fuerte. La guardesa quemó de nuevo hierbas benditas.

Marieta se volvió de espaldas; la luz la había deslumbrado completamente.

Ricardo, como hecho de azogue, saltó sobre la silla. Todos callaron.

Llovió mucho; llovió torrencialmente. Los relámpagos fulguraron menos intensa luz. Los truenos más lejos resonaron.

. . . . . .

Volvió á brillar el sol con sus rayos de estío. Un ambiente fresco, por la tormenta refrescado, ofreció aire puro y brisa agradable.

Corrían los arroyos, arrullando las campiñas con su monotonía.

Renació la calma.

CAPÍTULO XI

Sobre las limpias y serenas aguas del estanque revoloteaban los insectos; los *caballos del diablo* venían á posarse sobre las ligeras plumas de las veletas, pintadas de carmín, haciéndolas extremecerse, cual borrachos que se tambalean al más ligero soplo.

Diríase que en aquella tarde espléndida de Mayo, los peces, dedicados también á sus *amores,* no *tenían* apetito al *cebo* y sí únicamente le tenian de *amor*. Las veletas de las cañas de pesca seguian inconmovibles, cual encarnadas mariposas posadas en la superficie de las aguas transparentes como el cristal.

Ricardo, fijo en el agua, miraba ensimismado, esperando que el pececillo incauto comiese el cebo para tirar. Sería en él ingénita alegría verle coletear, re-

volverse contra el anzuelo que terriblemente destrozaba sus huesosos labios, retorcerse en epilépticas sacudidas contra los cocos y el sedal.

Y en esta particular distracción no se dió cuenta que Marieta se acercaba por entre los álamos espesos del *criadero* hasta llegar á él.

—¿Quién soy?—le dijo en su voz misma, tapándole los ojos en el momento que entre sonoras carcajadas depositaba en sus mejillas un ósculo de amor.—¡Oh! Por Dios, Ricardo, te lo ruego. Suelta esas cañas y no seas cruel. Cruel eres si aprisionas esos pececillos que tranquilos bogan por el estanque; tan cruel como yo sería si entre mis dedos aplastase esta mariposa de élitros de oro.

Una mariposa se posó sobre una flor blanca, bajo casi de la mano de Marieta, que ella extendía como los chiquillos cuando se dedican á la caza de moscas.

Le volvió á besar y le dijo:

—Figúrate que nosotros fuésemos peces que bogábamos tranquilos por el estanque en idilio de amor. Uno que *pesca* como tú arrebata, bien á Ricardo, bien á

Marieta, cualquiera; fueses tú ó fuese yo, el otro lloraría desesperado esta noche en la... soledad.

Preguntó Marieta (fué una pregunta como hecha para ella misma):

—¿Se amarán los peces? Yo creo que los peces se aman también. Se aman como esos pajarillos que se ocultan entre los follajes de la alameda.

Dos gorriones se habían posado entre el ramaje, acariciándose con terrible fecundidad.

Y él recogía las cañas á las insinuaciones de Marieta. Diríase que las palabras de ella tenían para él el mandato de un Dios; de una diosa, como Isis tenía para los sacerdotes egipcios en Roma y en Pompeya.

—Yo no sé, Marieta, qué pasa por mí cuando me hablas. Ni fuerza de voluntad tengo cuando me dices: «Haz lo que te mando». Soy yo entonces un maniquí. Soy sencillamente un hipnótico.

Ella reía... reía. El la escuchaba semi-estupefacto, semi-perplejo.

—Voy creyendo, *señor don Ricardo,* que os *regeneráis*. Ya no sólo te conten-

tas con reñir á los guardas, con advertir á los colonos que las labores están mal hechas. ¡*Hablas* bien, chico, qué demonio! ¡Cuántos diputados que yo conozco lo hacen peor que tú!

El se turbó, mas ella le animó en breves instantes. Le volvió á besar lujuriosa, y le dijo:

—Es que te doy el alma en recíproca compensación de lo que tú me diste: el cuerpo.

¿Quieres que te diga lo que soy? Un alma grande en un cuerpo anémico. Bonito mi cuerpo, como ese llorón que débil y lánguido cae sobre las aguas del estanque.

Arbol hermoso es el llorón. Más que hermoso, ese llorón es bello. Pero ya ves... una belleza que se romperá al menor amago de huracán; ese es mi cuerpo.

Ese llorón, además de bello, debía ser fuerte como los robles, como las encinas de estas propiedades.

Yo soy muy *loca*, Ricardo. Es muy loca Marieta... Mañana ingertará el jardinero estos llorones de robles.

Después... ¡Ah! Después... todo será

raza nueva: árboles ingertos, los llorones, de robles; los mimosos, de encinas. Por la cruza de las especies dicen los naturalistas que viene la selección.

Yo te dí el alma entre besos, entre caricias, riéndome á carcajadas de aquellos gomosos de Ursiela, que en estúpidas cartas me brindaban *pálidos* amores... tan *pálidos* como el papel en que las cartas á mí dirigidas escribían.

Y ya ves, no me di á ellos. Me vine contigo al campo, á gozar en el campo tu cuerpo. Tú mi alma, en recíproca compensación.

¿Y sabes?... Mañana hará el jardinero el ingerto de robles y llorones. El ingerto de tu cuerpo en mi cuerpo, de tu alma en mi alma, está hecho ya.

El se turbaba visiblemente. Ella continuó:

—Yo pudiese haber dado al mundo plantas muy bellas, mas de pétalos débiles y enfermizos. Plantas sencillamente de invernadero ó de tocador.

La faz de Ricardo terriblemente se descompuso. Todo aquello que de la boca de Marieta escuchaba era atroz. Veía que la

tempestad, mitigada hasta entonces con engaños, iba á estallar.

El hijo de Marieta. Aquel fruto que se desarrollaría en el vientre de aquella criatura anémica y bonita, era la sangre de su sangre. El el padre del hijo de Marieta. De la señorita querida y admirada. ¡¡Horror!!

Ella, en cambio, volvió á reir como loca. Se sentía completamente feliz. Sus amores no eran estériles y estaba hecho el ingerto:

¡¡El de la Selección!!

CAPÍTULO XII

Hermosos como dioses, olímpicamente felices como tales, pasearon después; vagaron al azar por entre el bosque de madroños, brezos y lentiscos, en aquella tarde de Mayo, brindada por la primavera más feliz.

El sol se escondía, y sus rayos, casi agonizantes, daban color de esmeralda á los follajes, color de fuego á la tierra y le tenían de carmín los celajes que, como bambalinas de un inmenso teatro, se difuminaban en el Universo.

Las aguas de la charca brillaban diamantinamente al recibir los agonizantes rayos del sol.

—Tarde hermosa—dijo Marieta.—Pasó Febrero *loco* con sus granizos; Marzo con sus vientos, y Abril con sus aguas. Todo necesario para sacar hermoso y florido

este Mayo de flores con sus días de amor.

Y recordando la escena de la pesca, volvió á decir:—Todo se ama. Las flores aman al agua, que las da sangre y vida. Aman los pajarillos, que sus amores canturrean entre las hojas de los árboles. Se aman las alimañas, que se acarician entre los breñales. En el mundo todo es AMOR.

Y vieron cruzar por delante de ellos los gañanes, que volvían de la arada canturreando. Oyeron las esquilas del ganado, de retorno al redil.

—Mira los gañanes; alegres y felices van al pueblo buscando la familia. El cabrero que retorna á la choza también; sus hijos, su mujer, le esperan.

—Es el amor que se respira en todas partes.

—Y yo quiero que me ames así—le dijo ella á él, coqueta y voluptuosa.—Como los pajarillos se aman; con la sencillez ingenua de los montaraces. Construiremos un palacio en medio de este bosque: nuestro nido de amor; en él viviremos felices eternamente. Yo no quiero volver á la ciudad. Sus salones, repletos de belda-

des, me aburren; su chismorrería me estomaga; sus luces me *ciegan*. Aquí me amarás mucho, ¿verdad? Como los peces el agua y las flores el sol; como el niño adora á su madre.

Amores, en amor confundidos, formando AMOR inmenso.

. . . . . .

En el silencio augusto del bosque se oyó ruido de besos, que no son los de la madre al niño ni los de las flores al sol; ni besos lujuriosos, llenos de lascivia, que dejan hieles y calor en la boca.

Iba anocheciendo. . . . . .

. . . . . .

Este recorte ha sido publicado por ***Alma Extremeña,*** núm. 26 de dicho periódico.

CAPÍTULO XIII

COMISION DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS DE LA PROVINCIA DE CÁCERES

Cuando retornaban hacia la casa del Espinar sintieron rumores como de llanto; lloriqueos de mujer. Quejidos dolorosos, perdidos en la soledad de la noche; de aquella noche serena y tranquila, en que dormían los valles, oyéndose sólo los graznidos de los buhos y los cárabos en la montaña.

—Escucha—había dicho Ricardo á Marieta.

Los dos cesaron repentinamente en sus charlas; los dos contuvieron hasta el aliento.

El silencio completo, sólo interrumpido por los mochuelos, los grillos y las ranas. ¡Nada!

Todo lo que sin duda creyeron escuchar era vago y sutil, como las quimeras que forja la imaginación en horas de fiebre.

Y unos instantes después nada se percibió. La ligera brisa de la noche removía los breñales, que silbaban rugiendo como sedas.

. . . . . .

Mas volvieron á oirse las voces de un hombre en demanda de auxilio. Se percibieron más claramente los lloros de mujer, agudos... penetrantes...

—Parecen partir de la choza de Martín —dijo Marieta.

Una luz débil y mortecina brillaba en la espesura, al parecer á corta distancia.

Era ya completamente oscuro. Negra la tierra, donde no se podía marchar por entre los jarales, pocas horas antes de color de esmeralda, fuera de la estrecha vereda que conducía á la casa. Negro el cielo, tachonado de estrellas que como luciérnagas titilaban en el espacio.

—¡Oh, sí, es en la choza de Martín!—exclamó ella.—El niño que tenían enfermo... ¡Pobres padres! Ricardo, volemos en su ayuda. Tal vez, tal vez con ayuda de Dios, podremos salvarle.

—Si no... si no... acompañemos á nuestros pastores. ¡Oh, Dios mío!—exclamó

Marieta en éxtasis de histérica.—¡Salvad al niño! ¡Pobres padres!

El quiso persuadirla. Era locura temeraria lanzarse en la oscuridad de la noche por entre los breñales, llanos al parecer, pero en los cuales, sitios había en que ni siquiera la luz misma del sol penetraba.

Mas todo inútil. Ella se lanzó cual gacela campesina por la espesura, sin fijarse que las arbolagas destrozaban su piel, que la fina batista de su falda pasaba á ser propiedad de las matorreras. Y era horrísono el ruido de sus vestidos almidonados contra los troncones de las matas. Diríase que protestaban de la profanación de que eran objeto.

Ricardo protestaba también de la *locura* de Marieta. La *reñía* con mimo, con amor:—Es una locura—la seguía diciendo. Por nada de este mundo debían espinarse entre los cardos aquellas manos blancas.

Tardaron media hora en la caminata. Media hora que se le hizo á Ricardo horriblemente larga. ¡Ella pensando en el niño! En si habría muerto.

¡El, en el ángel *vivo,* que volaba á salvarle.

—¡Oh, niña *loca!*—dijo para sí.

Y en aquel momento la hubiese cogido para besarla de un modo particular, de un modo extraño; con besos que él nunca pudo sentir hasta aquel momento, en que el sudor que la emoción terrible le producía; la hubiera besado como á Dios.

¡Besos del alma!

***

Pasó la crisis. Los sinapismos, fácil medicina, por Marieta aplicados, lo consiguieron. La sangre de la primavera, según aseguraba el padre del niño. El ataque había sido ligero; cosas de la sangre.

En camastro de escobas dormía el niño con sueño reparador... profundo. Su carilla morena, asomaba por entre mantas sucias. Su lecho, *tallado* en encinas; por dosel las posadas del rastrojo ahumadas. Un candil alumbraba el aposento, menos aún que las estrellas que, por el techo mal

cubierto de la choza, brillaban en la negruzca bóveda del Universo.

Marieta, sentada á la cabecera del enfermito, sonreía, como siempre. Su traje blanco resaltaba más aún sobre las enmohecidas *paredes* del chozo.

Era sencillamente un cuadro; mejor dicho, un bajo-relieve. Marmóreo el busto, blanco como la nieve. El fondo de ébano ó de azabache.

—Está bien, Petra—dijo Marieta.—Esto ya pasó. La respiración es normal, duerme lo mismo que un *cachorro*.

Bajó su cara hasta tocar la frente del niño, y le besó muy quedamente por el temor de despertarle.

—¡Dios, sólo Dios le ha salvado!

—Gracias—balbució la pobre madre.—¡Qué buena sois, señorita!

Y lloraba... lloraba con lágrimas felices, porque no hay lágrimas como las de la felicidad satisfecha.

—Señorita, os encontráis herida—la dijo;—vuestras manos chorrean sangre; vuestros vestidos se encuentran también desgarrados.

Quiso lavar sus manos marfíleas con

yerbas aromáticas y quiso *componer* sus vestidos también.

Ricardo, mirando á Marieta á la semi-difusa luz del candil, lloró.

El hombre de cuerpo robusto se sentía débil ante ¡ELLA!

Se incorporó Marieta con gracioso mohín.

—Vamos, vamos, Ricardo— le dijo;—estarán esperándonos ya.

El cabrero quiso acompañarlos encendiendo luz.

Ella le mandó no hacerlo, y con paso tranquilo á la casa se dirigió.

Brillaba la luna. Diríase que á la niña clorótica le brindaba una corona de rayos en haz. Su *traje blanco;* su *cara blanca;* de *plata los rayos del astro de la noche.*

Parecía Marieta una fantástica aparición.

CAPÍTULO XIV

Entre las cartas venidas en el correo había Marieta encontrado un retrato.

Al principio quedó sorprendida con el hallazgo; mas luego, con maquiavélica sonrisa, sonrió.

Abrió el sobre y volvió á reir.

—Fita, ¿ves? ¿Ves como no me había equivocado? Enrique nos sorprendió el domingo, cuando esperábamos á Ricardo á la salida de la fábrica.

La instantánea es perfecta, le ayudó el sol; gracias á la luz.

—*Hablando* está la señorita—dijo Fita.

—¡Oh, qué bien está! En cambio la doncella ¡qué fea! un mamarracho.

—Es un buen retrato de mi cuerpo—dijo Marieta.—Demostró Enrique tener habilidad.

Miró á Ricardo cuando preguntaba:

—Y el *retrato* de mi alma, ¿quién le hará?

—¿Escribió D. Fermín?—preguntó él.

—Sí, también he tenido carta de mi padre; que está bueno, dice, pero que no le esperemos por ahora; que sus ocupaciones no le permiten venir.

***

—¿Hablastes á Petra?—preguntó Marieta.

—Ya sabe que á mí jamás se me olvidan sus encargos—la doncella contestó.

—¿De Petra el niño ó la niña de V., sabe? Nosotros volveremos á Ursiela á mediados de Otoño.

Pensaba Marieta. Miraba al cielo de Mayo, con sus estrellas diamantinas. Llegaba el aroma del ambiente que embalsamaba el aire.

—¿Qué piensa la señorita?—dijo Fita.

—Pienso que somos muy cobardes, y que engañar á mi padre es muy cruel.

Pienso que debía escribir á D. Fermín.

—Sería una locura—dijo Fita.

Marieta, sin hacer caso de la doncella, continuó:

—Esta sería mi carta; anoche escribí el borrador.

Sacó un papel del bolsillo de su delantal y leyó:

«Padre mío, he amado á un hombre. Su cuerpo se ha fundido en mi cuerpo. Ha sido una falta imperdonable de tu hija, pero tu cariño infinito, tu paternal cariño, la sabrá perdonar.

»Comprende que es tu sangre. Ricardo y su sangre se han ayuntado con la tuya en mi cuerpo para formar un nuevo ser.

»¡Perdóname, oh, padre mío! Le adoro, no puedo remediarlo. Le amo ahora y siempre le amaré.»

—¿Qué te parece, Ricardo?

—Muy bien, Marieta; tus obras siempre perfectas son.

—Soy tu *señorita*. Tu *señorita* siempre; engañemos al mundo. Mentir. Siempre mentir. Sobre mentiras forjóse esta estúpida sociedad.

Por lo demás... vivamos, gocemos en amor. Gocemos el amor que la primavera y la juventud nos brinda á nosotros.

¡Amor. Primavera, juventud y amor!

CAPÍTULO XV

Don Fermín, al leer el anónimo, dejó la Underwod y cayó en un estado de laxitud profunda.

Decía la carta:

«Es tu hija la concubina de uno de los obreros de tu fábrica; del mismo obrero que, por recomendación de la doncella, mandaste con ella para servirla en el Espinar.

»Estás distraído, seguramente, con la *cómica;* tus amoríos no te dejan tiempo para fijarte en nada. Con tu inmenso crédito, con tu capital enorme, eres, Fermín, ¿quieres que te lo diga? Eres sencillamente un imbécil.»

No decía más aquel papelucho, que don Fermín nerviosamente entre sus manos estrujó.

Lloró el banquero. Lloró por su hija.

Tal vez no lloró por Marieta el banquero. ¿Quizá por egoísmo? ¿Fueron la causa de sus lágrimas su amor propio, ultrajado también?

Siguieron los dependientes del despacho anotando en los libros de cuentas. D. José, el principal dependiente de la casa, recogía recibos; pagaba también.

Era el despacho de D. Fermín el paso de todo Ursiela aquella mañana. Agricultores acomodados, que venían á recoger su dinero para pagar rentas al cumplir; ganaderos, la de la lana de sus atajos; acopiadores de semillas; cuentas que D. Fermín liquidaba á su antojo. *Señorones empingorotados,* de almidonados cuellos, de trajes á la última, á pedir prórroga para sus *pagarés,* vencidos ya, aunque fuese aumentando los réditos.

Las llaves de la caja sonaban á cada momento; crugían como los cerrojos de las cárceles.

Don Fermín nada veía aquel día; nada tampoco en aquellos momentos escuchaba. «*Eres sencillamente un imbécil*», decía el papelucho; y tenía grabadas en el

corazón aquellas letras con caracteres de fuego y sangre.

Además, en la carta se hablaba de su hija, de Marieta; de su amor único, de su amor desinteresado.

Criarla entre el mimo y el cariño; reunir para ella un capital enorme; conseguir hacer de la niña más bella de Ursiela, la envidia de las señoritas, la *preocupación de los gomosos;* todo, ¿para qué? Para que Marieta se entregase á un obrero; ¡á un *pelagatos!*

Mañana mismo, aquella misma tarde, iría al Espinar. Aquel sinvergüenza de Ricardo que había *seducido* á su hija todas juntas había de pagarlas. ¡El hambre, la miseria, le esperaban, sencillamente! *¡Su venganza!*

Y no podía ocurrírsele un solo momento que su hija fuese la culpable. Marieta volvería á Ursiela y nuevamente sería adorada por los gomosos de la ciudad; por los *industriales,* que tanto en aquella población abundaban.

¡Su hija prostituta! ¡Su Marieta concubina del último obrero de su fábrica! ¡Horror!

A ella le sobrarían colocaciones. Cien mil duros; doscientos mil duros en moneda corriente y sonante. Además las dehesas más hermosas de labor en el término; las más abundantes en finos pastos.

* * *

Volvió á llorar. Todos los cariños de padre se despertaron en el terrible despertar de un sueño de ilusiones inversas ó trocadas.

Mas su hija era buena y era humilde. Volvería á Ursiela y se casaría con quien la mandase.

Cien mil duros; doscientos mil duros. Las dehesas mejores de labor del término. Las más abundantes en finos pastos.

A D. Fermín, enfermo, se le retiró á sus habitaciones. Parecía atacado de un violento ataque.

A veces lloraba; á veces reía con sardónica carcajada.

Deliraba, exclamando como loco en el

delirio de la fiebre, con palabras entrecortadas:

—¡Marieta! ¡Hija mía! ¡Alma de mi alma!

Seguía llorando con abundantes lágrimas. Rodaban hechas rebujones las mantas que su lecho cubrían, y era imposible sujetarle en aquellos momentos.

—Delirio de loco; malestar de la calentura que le quema—decían los que á su cabecera velaban.

Diría el novelista: ¡¡Amor de padre!!

CAPÍTULO XVI

Habia pedido consulta el médico de don Fermín. El estado del banquero le inspiraba temores muy fundados.

No era grave en sí la enfermedad. No era una pulmonía, como cuando le avisaron la primera vez, él llegó á creerse. El escalofrío intenso, la fiebre que con rapidez vertiginosa se elevó; todos los síntomas de un pulmoniaco.

Aplicó el fonoendóscopo; no ofrecían estertores los pulmones; no había en ellos congestión de ninguna especie.

Diagnosticó con absoluta precisión. Se trataba únicamente de un ataque agudo de paludismo, que eran muy frecuentes en Ursiela.

Mas D. Fermín era un asórtico, que era lo que al médico más le preocupaba.

El pulso se descomponía; á cada cuatro

pulsaciones faltaba una vez. La digital no habia conseguido regularizar la marcha de su corazón, que parecía latir con *pereza*.

Apeló á la cafeína y á las inyecciones de esparteína también. Aunque el resultado fué algo satisfactorio en principio, no era, ni con mucho, lo que él esperaba.

***

Llegó la consulta; á ella fueron llamados los cuatro médicos más notables de la población.

Habló primero D. José, como médico de la casa.

Para él se trataba, más bien que de un caso gravísimo, de un caso desesperado. Pero D. Fermín, ¿era un cardíaco ó era un aórtico? Unos y otros, serían similares los resultados.

—Quizás hasta el otoño—volvió á decir;—eso en caso de que no se repitiese el ataque.

Habló otro de los médicos: Para él no

era el caso desesperado, ni grave tan siquiera; todo el malestar del enfermo dependía del estómago; sólo el estómago causaba los trastornos respiratorios; el estómago producía las disneas espantosas que al enfermo horrorosamente molestaban.

Y creía que era necesario ayudar al corazón, hacer más fácil la circulación de la sangre, pero no desatender jamás al estómago. Un purgante enérgico á D. Fermín, y al mismo tiempo suave.

Por ejemplo: de aceite de ricino onza y media, ahora, por lo pronto.

Siguió la discusión.

—Artritismo—dijo otro de los médicos.

—Reuma—dijo el último que por emitir su opinión quedaba.

Su *brazo á torcer*, como el adagio dice, ninguno había de darle.

—Más vale que yo me equivoque, volvió á repetir D. José.—Mas creo que se trata de *angina de pecho*. Más valía que no fuera así.

D. Fermín no podía conciliar el sueño. Marieta velaba á la cabecera de su padre con solicitud y un esmero nada común.

Era la niña anémica fuerte como un roble. No la dominaba el cansancio. El sueño tampoco la lograba rendir.

Todos los coléricos arrebatos de don Fermín habian desaparecido por completo. Si cuando recibió el anónimo hubiese tenido cerca á su hija, quizás en aquella ocasión hubiese hecho cualquier disparate.

Mas en cuanto ella volvió del Espinar, al recibir el beso de su hija en la frente le faltaron las fuerzas.

No permitía que nadie le velara, que nadie le cuidase un solo momento. Todas las medicinas, todos los alimentos tenían necesariamente que pasar por la mano de ella.

¡Ay! ¡Si él recobrase la perdida salud! Pensó en aquellos momentos que podía vivir infinitamente más feliz que lo había hecho hasta entonces, aferrado en absoluto á una vida vegetativa, entre los números de su despacho y sus trapicheos de viejo verde; viviendo como un negociante, como un bohemio, como un mercachifle. No se paró á reflexionar un sólo instante que existe una vida muy supe-

rior á la del egoísmo. La VIDA del BIEN y del AMOR.

Diríase que Dios iluminaba la inteligencia de D. Fermín para darle la suprema felicidad: La felicidad de una vida suprema y desconocida, de bondad infinita y de sublime é infinito amor.

Pidió un beso á su hija. Ella cubrió de besos su rostro cadavérico, en el cual se notaban ya los primeros síntomas de la muerte.

Fué un beso largo. Un abrazo infinito. Lloró D. Fermín, y sus lágrimas se juntaron con las de Marieta.

Ninguno de los dos, hasta entonces, había comprendido su cariño.

El la bendijo. La perdonó.

CAPÍTULO XVII

Atardecía; con dificultad rasgaban las últimas irradiaciones de la luz las sombras de la noche, que rápidamente avanzaban.

En todos los templos de Ursiela resonó el toque de oración.

Mandó el enfermo abrir las maderas de los balcones de su dormitorio; se quejaba de falta de luz.

—Es ya de noche—le dijo el médico—y una sonrisa extraña en su semblante se dibujó.

Marieta, sentada en la horizontal, rezaba entre dientes. Fita contestaba á sus rezos.

Comenzó á llover. Se sintió el agua chocar contra los cristales de la habitación; gotas diminutas como lágrimas, enviadas por un cielo ceniciento y gris. Se

percibian hasta los pasos de los que por la calle cruzaban; el ronco rodar de algún carruaje, trepidando veloz.

Las incandescentes del alumbrado público ti ilaban, como luciérnagas, en la oscuridad.

El médico salió del aposento, y poco después volvió acompañado de otro compañero. Discutían acaloradamente á media voz.

—Esto va muy deprisa—decía D. José. No es posible que dure ni una hora más.

Hizo señas á la doncella para que alejase á Marieta de aquel sitio; pero Marieta sintió, perspicaz, aquella mueca extraña del médico como un latigazo que cruzaba sus sienes, como un puñal en el corazón.

Se arrojó como loca sobre el cuerpo exánime de su padre; desesperada se retorcía en el más terrible espasmo de dolor. Sus cabellos, desordenados, en sedosos bucles, cayeron sobre la espalda en confuso tropel.

—¡Padre! ¡¡Padre mío!!—exclamó.—Y rápida como el pensamiento, besó á su padre muchas veces. Sintió entonces en

sus labios una sensación particular; le pareció haber besado al mármol de su tocador.

Ayudaron á Fita otras sirvientes de la casa, y entre todas se consiguió retirarla de aquel lugar.

Y vino la última tentativa de lucha entre la Ciencia y la Muerte. ¡Vano empeño de la Ciencia, que contra la Muerte se estrelló!

Se aplicó al moribundo una inyección de éter. En terrible sacudida crujieron los huesos todos de D. Fermín.

No se percibía del *enfermo* ya ni siquiera la respiración. Unicamente el fonoendóscopo anunciaba una ráfaga de vida, próxima... muy próxima á extinguirse de uno á otro instante.

Dieron las nueve en el reloj de la catedral.

CAPÍTULO XVIII

Tal vez esté aquí la vida superior; una libertad sin límites; una soledad fértil y noble que me envuelva en sus emanaciones cálidas.

GABRIEL D'ANUNZIO.

Era el sentimiento de lo *bello grande,* el sentimiento de lo sublime, el experimentado por Marieta. El sentimiento de todo aquel AMOR, de toda aquella naturaleza espléndida, que se amaba en su mismo AMOR de todas las cosas.

Sobre la mesita de piedra, tallada en granito, había abandonado su labor. Jugaban los chiquillos en el parterre de la casa; sus hijos: tres niños rubios, cuyas cabelleras, movidas por el viento, ondula-

ban como líneas de luz, como hilillos de oro.

Donde años antes existía la casucha fea, vieja y destartalada del Espinar, se alzaba actualmente un hotelito de arquitectura sencilla y elegante.

Los niños, triscando como locos, se habían perdido de vista, entre infantiles juegos; se habían ocultado en el bosque de limoneros, laureles y naranjos; mas llegaban á sus oídos sus angélicas voces, y hasta el chapotear de sus diminutas manecitas, jugando con el agua de una fuente.

Por entre los barrotes de la verja que al jardín de *Villa-Marieta* circundaba, se descubría la inmensa planicie con sus verdes sembrados, sus grisáceos barbechos y sus tierras posidas en flor.

Habían en el Espinar desaparecido las parásitas plantas; el bosque de breñales intransitables, morada de lobos y demás alimañas, era en la actualidad tierra fecunda y fértil. Milagros del trabajo. Allá lejos, casi en el horizonte, se veían los obreros todavía en terrible lucha con las montañas y las jaras.

En derredor del hotel, y confundidas con las dependencias de la granja-labor del Espinar, se dibujaban las casas de los obreros, guardas, descuajadores y gañanes. Todo un *pueblo* formado, no por parásitos y cigarrones, sino por laboriosas hormigas y abejas. Todo un *pueblo* formado sobre tierra estéril é infecunda. ¡Milagros del trabajo!

Ricardo dirigía todas las maniobras, amasando el tráfico de su dependencia con pan abundante. Habia alcanzado una ductibilidad de carácter y una ilustración nada común, gracias á su inteligencia preclara. Se realizaba todo lo que Marieta, algunos años antes, hahía profetizado cuando le dijo: Te doy mi ALMA.

Y sentía ella una felicidad incomprensible en aquella manera de vivir extraña. Era que aquel atardecer de otoño convidaba á sentir un deseo de VIDA, en espasmos de felicidad eterna.

Pasaron en confuso tropel por la mente de Marieta el recuerdo lejano de la ciudad, cuyos torreones, envueltos entre nubes, se dibujaban allá en el Occidente.

Todos aquellos días eternos... largos como la soledad, que sucedieron á la muerte de su padre. Estaba visto; aquella sociedad que antes la *mimó*, hoy la despreciaba.

Cuando faltó D. Fermín, ni una amiga siquiera vino á darla un rato de compañía; ni siquiera una carta recibió de aquellos gomosos, dándole el pésame por la muerte de su padre.

Habia *pecado* con el PECADO más vituperable en Ursiela, cuya sociedad era educada entre todas las ridiculeces y todas las hipocresías actuales.

Sintió ganas de reir como LOCA, en el más grande desprecio, despreciando á aquellas gentes que á ella también la despreciaban.

Y se le ocurrió comparar la vida de la población con sus chismorrerías, con sus estupideces, con sus extravagancias, con la VIDA de aquel pueblecito que al calor de su ALMA se había formado.

Pensó que ella amaba por igual á todas las cosas. A Ricardo, á sus hijos, á sus obreros y á sus campos.

Amores, en amor confundidos, formando AMOR inmenso.

....

El sol rasgó por un momento el cielo plomizo de aquel atardecer de Noviembre. La *luz* envolvió todo el jardín que á la casa del Espinar circundaba.

Retornaban los obreros del trabajo. Sonaban las esquilas de las ovejas y las cabras.

Marieta se había puesto de pie, apoyando los codos en la verja del parterre para contemplar más de cerca el regreso de la VIDA, que simbolizaba el trabajo.

Y no eran foscos ni ceñudos los rostros que al cruzar por delante de ella la saludaban.

Llegó Ricardo; entre ellos se cruzó una mirada, una sonrisa. Voló una mariposa de élitros purpúreos. Cantó un pajarillo entre los azahares de un naranjo.

Los chiquillos, rodeándolos, pedían la merienda. Los seres fundidos por ellos al calor de sus cuerpos y de sus almas.

Una nube tormentosa cruzó por Occidente. En el Espinar era todo sol, todo LUZ.

Se dibujaron en el cielo los colores del iris.

Ursiela habia sido completamente envuelta por los nubarrones.

FIN

Trujillo, 1907.

COMISION DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS PROTECTORADO

Biblioteca Pública de Cáceres
1058454
2/17599

135

Excma. Diputación Provincial de Cáceres

Delegación de Servicios Culturales

1.ª Exposición del Libro Extremeño

Expositor Comisión de Monumentos

2/1